

quez Coronado, enviado todo por el virrey D. Antonio de Mendoza, y que habiendo estado allí muchos días sin tener noticia alguna de la gente y campo, les fué forzoso salir de allí porque se comían los navíos de broma y se iba á dar la razón al virrey de lo sucedido.

Habiendo tenido noticia de esto el capitán Melchor Díaz por la carta que hallaron, y viendo la incomodidad de la tierra y que los indios no daban noticia ni razón de cosa alguna de las tierras de más adelante del río, y que para más certificación de ello él había pasado cuatro jornadas de la otra parte, y para lo pasar, se había puesto en un evidente y gran peligro, y que pagándolo á los indios, pasaron á cada español en uno como escriño ó cesto grande que los indios tienen aderezados con un betún que no lo gasta ni pásala el agua, y así dos, tres ó cuatro, los indios nadando, pasaron hasta la otra parte del río, sirviéndose de aquel instrumento como de barcas, y hasta las indias ayudaban, siendo el primero que se metió al peligro el capitán Melchor Díaz, y habiendo pasado pocos á pocos todos, hallaron todas aquellas jornadas que dije despobladas y sin rastro alguno de gente, y la tierra mala, con que se determinaron volver á la nueva población y enviar relación de todo, y el capitán, por ser aquellos indios tan corpulentos, quiso enviar uno al virrey y mandó á cuatro españoles cojiesen un muchachón que por allí andaba para lo llevar consigo, el cual hizo tanta fuerza que los cuatro españoles no fueron poderosos para lo amarrar, y daba tan grandes gritos, que lo hubieron de dejar, y se escapó huyendo.

Dieron los nuestros la vuelta, y prosiguiendo su camino, estando velando una noche el capitán, que nunca quiso dejar de velar su cuarto, un mal perrillo dió en ladrar, y arremeter á los carneros que llevaban, con que se esparcieron, y aunque el capitán le amenazó y fué tras él, no bastó, de que muy enojado con el perro, le arrojó la lanza, la cual se clavó en el suelo, y como pasó el caballo corriendo, encontró con la lanza de tal manera, que el recatón de ella se metió por la ingle del capitán y dió con él amortecido en la tierra. Acudieron los sol-

dados y le tuvieron por muerto; pero él era hombre de ánimo, y vuelto en sí y viendo que no había entre los soldados ninguno que se atreviese á curarle, él mismo se curó, y llevándole en unas andas, decía con deseo de vivir y se esforzaba diciendo: "con un cañuto de plata podría servir," pero como caminasen apriesa con deseo de llegar á la población para que se confesase, porque había en ella clérigo, murió á los diez y ocho de Enero, y los soldados le enterraron con harta tristeza en un cerrillo, y pusieron una cruz y mucha tierra y piedra, y se fueron á la población y villa de los Corazones, de que todos los de la villa tuvieron mucho pesar.

Luego Diego de Alcaraz, su lugar teniente, procuró con toda diligencia, se le dijese misas y le hizo sus honras lo mejor que se pudo; que todo lo merecía, porque fué un gran varón y para mucho, muy bien quisto y muy amado de sus soldados y había sido capitán de Nuño de Guzmán y capitán y alcalde mayor en la villa de Culiacán y conquistador de aquella provincia, y tuvo uno de los mejores repartimientos de indios que en ella se repartieron, el cual después hubo D. Pedro de Tobar, por haberse avecinado en aquella villa.

## CAPITULO CXXIII

En que se trata cómo el General Francisco Vázquez Coronado y su campo, partieron para Tiguex.

Año de  
1541.

Tuvo el invierno y aguas el general en aquel pueblo, y habiendo descansado el campo, regalado los caballos y despachadas las cosas dichas atrás, pareciéndole que habría ya el tiempo, determinó el general llegarse á la provincia de Tiguex, porque tenía nombre y fama de ser lo mejor que por allí se ha-

bía, y DESOSO de proveer, y mirarlo y calarlo todo, y llevando consigo los soldados con quien se había adelantado de Culiacán, se partió de Tzibola en demanda de la dicha provincia de Tiguex, que habría de camino de una provincia á otra hasta sesenta leguas, y casi en el medio de este camino llegaron á un pueblo que está en un alto rodeado de peñas empinadas á manera de cerca, unas tras otras, todo fortalecido de derrumbaderos. Leyendo, pues, la relación que está escrita, del descubrimiento del Nuevo México, parece que hace mención, por las señas, de este pueblo á quien los nuestros pusieron Atlaco, y no la hace de los nombres ni menos de esta provincia llamada Tiguex, que es muy principal en todo lo de por allá, y se llama así por un muy buen río que por ella corre, y en los altos de su ribera, de la una banda y otra, están fundados hasta doce ó quince pueblos, y el mayor de hasta docientas casas, todas de alto, como las de Tzibola, excepto que las otras son de pizarras, llanas, unas sobre otras, y barro; y estas de una tierra jizosa y fuerte como una argamasa; las puertas, como dicho es, todas están adentro y no están juntas al suelo, sino que suben á ellas por unas escalerillas de madera, y la primera pieza por donde bajan y entran de la escalera, por la parte de adentro, es una sala terraplenada como lo está toda la casa, y en una parte tienen un aposento donde las indias muelen maíz con más curiosidad que en ninguna de estas provincias se ha visto, porque tienen una como trojezuela y allí fijadas tres piedras de moler, y la una muele frangollado y muy quebrado el maíz y luego pasa á la otra y va casi molido, y en la otra lo deja muy remolido, como ha de quedar, y si es necesario lo vuelven á repasar y hacen una harina ó pinol muy bueno; no hacen tortillas ni tienen comales de barro, sino unas piedras lizas que no saltan aunque las echen en el fuego, y en aquellas, teniendo hecha la harina como al que llaman atole, echan de aquel atole ó harina sobre la piedra que está encima de la lumbre; y se cuece muy bien y es pan sabroso.

En otra sala tienen sus camas y ropa, y en otra tienen sus trojes, y se conserva dos ó más años el maíz. Su sustento es

el dicho maíz, frijoles y calabazas grandes; las cuales hacen á manera de orejones y los secan al sol para que duren todo el año. Tienen muchas gallinas de la tierra á quien los españoles llaman gallipavos, en cantidad. No vieron fruta alguna, sino un género de tunillas coloradas y muy ruines, y por ellas deben de tener grandes guerras los indios unos con otros, porque en todas las más de las casas tienen sus troneras y unas puertas chicas por donde se pueden pasar de una casa á otra á ayudar y favorecer á los que en ella están; todas son de terrado y en lo alto tienen unas como torrezuelas para su defensa, desde las cuales un día hicieron harto daño á nuestro ejército. El río es muy agraciado, de mucha y muy buena agua; cría y dase en él un género de pescado llamado bagre, que apenas puede haber pescado que le iguale, según su bondad, y de tan buena gana bebían el caldo de él, como si fuera de carne. Corre el río por tierra llana y se puede sacar en muchas partes y regar más de treinta ó cuarenta leguas, en que se podría coger gran cantidad de trigo, si se sembrase, porque la tierra es muy buena, aunque un poco arenisca, pero muy aparejada para toda fruta y hortaliza; hay muy buenas moreras y muy buenas zarzamoras; los indios son de buenas estaturas, las indias bien dispuestas; traen unas mantas blancas como sacos que las cubren desde los hombros hasta los piés, y tienen por donde sacar los brazos; y tienen otras mantas que las cubren y echan el un cabo por debajo del brazo y sobre el hombro, como capa; estiman en mucho los cabellos, y así los traen muy peinados, y toman una jícara de agua en la cual se miran como en espejo, y partiendo su crencha, hacen una rueda mayor con la mitad de los cabellos y dentro de ella otra más chica, y luego otra pequeña, de la cual quedan colgando algunos á manera de plumaje, atado todo con cintas de colores de algodón, y del otro lado hacen otro tanto, y luego toman unas tablillas de hasta tres dedos, en las cuales están pegadas unas pedrezuelas de chalchihuites, turquesas de las que dicen son buenas para los de á caballo, en sortijas, de que dicen hay una mina de ellas en aquellas partes; y con un palito que sale de la tablilla

se la ponen tras de la oreja, como ramillete; son limpias y se precian de no parecer mal; todas las turquecillas son pequeñas, deben de tener otras mayores.

En los casamientos hay costumbre, que cuando un mozo da en servir á alguna moza, va con ella á acarrear agua, y guardándola y acompañándola carga el cántaro, y si son para en uno, los casan los deudos, y no tiene ningún indio más de una mujer. Vieron los españoles estando en esta tierra que, habiendo muerto un indio, armaron una gran balsa de leña y que pusieron el cuerpo muerto encima de ella, cubierto con sola una mantilla, y que luego vinieron todos los del pueblo, hombres y mujeres; y cada uno trajo de la comida que ellos usan, como pinole, calabazas, frijoles, atole, maíz tostado y todo lo pusieron sobre la balsa de leña. Estando todo muy bien concertado, pegaron fuego á la balsa por todas partes, con que cuerpo y comida quedaba hecho ceniza, y al tiempo de le pegar fuego, alzaron todos una gran voz. No se vieron en todos estos caminos y partes templos ni ídolos algunos; entiéndese que adoraban al sol y á la luna, porque una noche que eclipsó la luna, alzaron todos mucha gritería.

En los valles de Corazones y Sonora y por aquellos caminos, se hallaron mozos en traje de mujeres, alcoholados los ojos, y un español asió uno de éstos, diciendo lo había de quemar, y riñó á las mujeres porque no lo azotaban; pero ellas no hicieron nada, antes rogaron por él. En Tzíbola ni en Tiguex no se vió ni halló cosa alguna de las que se han dicho; pero habiendo llegado el general á Tiguex, que se llamaba Cooser, los indios le desembarazaron porque hubiese aposentado para él y toda su gente.

## CAPITULO CXXIV.

En que se trata de cómo estando el general aposentado en el pueblo de Cooser, dijo á los indios la causa de su venida á aquellas partes, y de cómo se procuró informar de todo lo que en ellas había.

Año de  
1541.

Estando, pues, el general, aposentado en el dicho lugar, vinieron de todos aquellos pueblos y de otros de las comarcas á ver y saber qué gente era aquella, á qué habían venido y qué quería, y habiéndolos recibido bien el general y acariciado á todos, les dijo cómo él y aquella gente eran vasallos de un gran rey de España, el cual los enviaba á ver y conocer todas aquellas tierras y á que rogasen y encargasen á todos los vecinos de ellas, dejasen los ritos y falsas adoraciones de ídolos y otras cosas malas que adoraban, y que adorasen á un solo Dios y Señor, que es el que creó los cielos y tierra y todo lo visible é invisible y creyesen en Él, y que Él solo enviaba el sol y claridad y creó la luna y todo lo producido, sustentándolo todo con infinito poder, y que si entendían que las cosas que ellos tenían y poseían se las daba otro que Dios, era falso, sino que los demonios malos se lo hacían entender y los querían apartar del conocimiento de este gran Dios y Señor, el cual, á los suyos que son buenos y que cumplen con sus justos mandatos, los premia con la bienaventuranza de la gloria, lo cual ningún otro puede hacer sino Él, y que los ídolos que ellos adoraban no eran sino demonios, los cuales los engañaban para llevarlos consigo al infierno, que es su lugar, donde hay las mayores penas y tormentos que se pueden imaginar; y que por esta causa, el gran rey de España, por ser como es muy bueno, mirando su bien, les envió á advertirles de lo dicho, y también á que le reciban por señor, como lo han hecho los de México y otros muchos, y se quiten las guerras y vivan en paz, y se comuniquen los unos con los otros y se les traiga á ellos lo que

hubiere bueno en España y lo que hubiere bueno entre ellos se conmute, y todos vivan en paz y tengan una fé y un bautismo, según y en la manera que se les enseñaría, y que al que no quisiese venir en esto, lo apremiaría á ello, castigando á los que fuesen rebeldes y no lo quisiesen hacer, y anidando á los buenos y que estuviesen de paz, y que ellos habían venido á sus tierras á la fama de que era buena gente, y que los tendría por buenos amigos para que les ayudase contra otras cualesquier personas que les quisiesen hacer daño, y que les rogaba lo recibiesen por amigo y dijese la verdad de todo y le diesen razón de lo que había adelante, y que por falta de lengua que les entendiése, dejaba de decirles otras cosas, aguardando á darles razón más cumplida de todo cuando la hubiese.

Los indios respondieron que ellos eran pobres y no tenían cosa ninguna que rescatar, sino un poco de maíz que cogían, y que adelante no había más gente ni otros pueblos, sino los que estaban en la redonda, y que todo lo demás eran unos llanos en los cuales había muchos animales como los que ellos traían, aunque de otra suerte, y que más adelante no había cosa alguna, sino que todo estaba despoblado y sin agua. Despidiólos el general con buena gracia para que volviesen á tratar lo que más conviniese, y habiéndose ido los indios y llegado todo el campo, aposentados y bastecidos lo mejor que pudo, conociendo el general la mala gracia y cautela con que los indios habían respondido, envió luego á descubrir todo lo que se pudiese á tres capitanes por tres partes, cada uno con treinta soldados, los cuales fueron y volvieron mal contentos, diciendo habían visto otros pueblos como los de aquel río; pero todo les parecía poca cosa y que no había rastro de oro ni otro ningún aprovechamiento, más que buenas tierras y asientos, y el tercer capitán, que se decía Hernando de Alvarado, pariente del adelantado D. Pedro de Alvarado, el que murió en Guadalajara, volvió con más gusto, diciendo que había ido hacia la parte donde andan las vacas, y que las vió y mató algunas, y que en el camino vió un pueblo grande, de más de cuatro ó cinco mil vecinos, y por su buen asiento le nombró Valladolid, y que asi-

mismo encontró un indio en los mismos llanos, el cual dijo que era de una provincia que estaba de allí treinta soles de camino, que son treinta días, la cual se llamaba Copala, y al indio le pusieron por nombre *El Turco*, por ser muy moreno, apersonado y de buena disposición, el cual les dijo tantas cosas de su tierra, que la grandeza de ella les causó admiración, y en especial, que había tanta cantidad de oro, que no sólo podían cargar caballos, sino carros, y que en la dicha provincia había una laguna en la cual navegaban canoas, y que las del cacique tenían argollas de oro, y ellas estaban embutidas de ello; mostraronle peltre y plata, y decía que no era como aquello, y mostrándole anillos de oro, y decía que como aquellos sí, señalando tanta cantidad, que ponía admiración, y como se sabía lo del Perú, creyeron que habría mucho de ello, ya que no tanto. Decía más, que había entre ellos muchas guerras y mucha copia de gentes, y que su casa era de las más principales de aquellas provincias, y que cuando iba á la guerra le llevaban en unas andas; que cuando los indios se alborotaban diciendo que ya venían los enemigos, él daba á entender que no se le daba nada, y les mandaba caminar, y que cuando estaban ya muy cerca, les decía que parasen, y llamaba unos perros que tenía de ayuda, muy bravos, y quitándoles los bozales, arremetía y vencía por su causa, y por ser él y su gente más que todos los demás, volviendo vencedor á su tierra, en la cual tenía unas casas grandes á do todos venían á servirle, y que en una parte de aquellas casas tenía un apartamiento donde estaban las mujeres, y la puerta la tenían tapada con manta de algodón, y por si algunas se querían asomar á ver lo que había, estaban allí porteros que las guardaban, reñían y daban con un palo. Otras cosas semejantes á éstas decía, que obligaba á darle algún crédito, hasta que una vez se lavó y se puso lo mejor de su ropa, alguna de la cual le habían dado los españoles, y pidió una vacía de agua, en la cual se estuvo mirando y hablando, y se imaginó era con algún demonio, con que de allí adelante se tuvo por sospechoso lo que decía, pero no de suerte que se desistiese de ir á ver si había alguna cosa de las muchas que de-

cía, y que antes de llegar á aquella provincia, diez soles más atrás, se había de pasar por una muy gran provincia de mucha gente, que se llamaba Ayco, en la cual, aunque no había oro, había mucha comida.

Túvose mucha cuenta con el indio y le trataron bien y con regalo, y reparóse en que en todo lo que contaba nunca discrepaba en cosa, y no esperaban más, SINO que pasase el tiempo del invierno para ir á verlo, porque les parecía no era posible que todas las cosas que decía fuesen invención y quimera suya, sino que él lo hubiese oído decir algunas cosas de las grandezas de México, ó á lo menos, componer sobre lo que decían del Nuevo México, que ni del ni de otra cosa en aquel tiempo nunca se tuvo otra noticia que la que dió este indio, porque si la tuvieran no pudieran dejar de poblar con tanta gente y aparato como llevaron para ello; pero no fué Dios servido, y Él sabe por qué. Los otros capitanes trajeron cuatro indios, al uno de los cuales llamaron de la Vaquilla, por una que tenía señalada en la frente, el cual era de hacia la Florida; y á otro pusieron por nombre Hizopete, por ser pequeño y mal agestado. Todas estas diligencias hicieron para venir en conocimiento de lo que llaman Nuevo México ó de otra tierra, pero ningunas bastan cuando Dios no se sirve de ello.

### CAPITULO CXXV.

En que se trata de cómo la provincia de Tiguex se rebeló y de la guerra que con ella se tuvo.

Año de  
1547.

Habiendo ya abierto el tiempo y estando aprestándose el general y su campo para partir y ir en busca de las noticias que el indio había dado, por culpa de los de la provincia de

Tiguex se les siguió una gran guerra en que perecieron muchos de ellos y se asolaron los pueblos, y la causa fué que como muchos caballos y bestias de carga anduviesen paciando junto al río, los indios de un pueblo pequeño, el más cercano á donde estaban los españoles aposentados, recogieron hasta cuarenta mulas y caballos, y los metieron en el pueblo y los mataron todos y se fortalecieron para defender su mal hecho, ó ya porque los animales les hicieron algún daño, que no se supo que tal hiciesen, ó que su malicia de los indios ó mala inclinación les incitase á ello. Sabido el daño por los españoles, se acriminó y tuvo por desvergüenza, y les fueron á reprender diciendo cuán mal habían guardado la amistad y paz que habían asentado; pero que dándoles algunos bastimentos y recado para la partida, se les perdonaría, de que los indios no hicieron caso, antes se animaban con la fortaleza de sus casas, y mostrándose más bravos que considerados, comenzaron á tirar muchas flechas y á dar gritos, y habiéndoles requerido una y muchas veces y no queriendo ir ni querer venir en cosa que se les decía, el maese de campo D. García López y el capitán Diego López, con los soldados de sus compañías y otras, les comenzaron á hacer guerra poniendo fuego al pueblo y arcabuceando, con que los indios, viéndose maltratar tanto, dijeron se querían rendir y dar de paz, y así se dieron.

Y habiéndolos recibido, los ataron á todos y los metieron en una tienda más de ciento y treinta gandules y á todos los mataron y quemaron diciéndoles que eran caballos, por no haber intérprete con que se entendiesen, con que destruyeron y asolaron del todo aquel pueblo. Esto se tuvo en España por mal hecho, por haberse dado de paz y haberles muerto tan cruelmente, porque habiendo ido el García López á heredar un mayrazgo de un hermano suyo, que había muerto, estuvo preso en una fortaleza por el caso.

Habiendo pasado lo dicho, por no dejar aquella provincia de guerra para los que fuesen y viniesen, el mismo D. García López de Cárdenas, con gente de á caballo, fué á procurar estuviesen de paz los otros pueblos, y llegando á uno, que era